

¿Foucault ha muerto?.

Jorge M. Gómez Bocanegra
Depto. De Filosofía UdeG

En línea vasta con lo que habrá de ser expuesto en este artículo, conviene citar el párrafo inicial con que Michel Foucault presenta, en el Prefacio, el origen de su famoso libro *Las palabras y las cosas*:

Este libro nació de un texto de Borges. De la risa que sacude, al leerlo, todo lo familiar al pensamiento –al nuestro: al que tiene nuestra edad y nuestra geografía-, trastornando todas las superficies ordenadas y todos los planos que ajustan la abundancia de seres, provocando una larga vacilación e inquietud en nuestra práctica milenaria de lo Mismo y lo Otro. Este texto cita “cierta enciclopedia china” donde está escrito que “los animales se dividen en a) pertenecientes al Emperador, b) embalsamados, c) amaestrados, d) lechones, e) sirenas, f) fabulosos, g) perros sueltos, h) incluidos en esta clasificación, i) que se agitan como locos, j) innumerables, k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, l) etcétera, m) que acaban de romper el jarrón, n) que de lejos parecen moscas”. En el asombro de esta taxonomía, lo que se ve de golpe, lo que, por medio del apólogo, se nos muestra como encanto exótico de otro pensamiento, es el límite del nuestro: la imposibilidad de pensar esto (Foucault 1984)

Así inició el texto de este libro, que no pasó desapercibido tras su publicación¹. Fue a partir de entonces que hubo quienes harían, a partir de los planteamientos de Foucault, un campo propicio para cultivar –de otro modo- la historia de las ideas, o si se quiere, la historia del pensamiento y del saber occidental. En suma, Foucault provocó mucho revuelo inmediatamente después de la publicación de *Las palabras y las cosas*. Los estructuralistas, como Jean Piaget, vieron en dicho trabajo falta de rigor intelectual. O también, como Georges Canguilhem, quien se preguntaba “si era verdaderamente posible componer una historia de distintas formas de conocimiento sin recurrir a ningún criterio para evaluar su relativo “valor racional”” (Miller 1995: 207). Así también, por otra

parte, el historiador Michel de Certeau, sobre dicho libro llegó a decir que “el brillo y a veces el mismo preciosismo de estilo se combinan con la destreza minuciosa del análisis y producen una oscuridad en la cual autor y lector se pierden” (citado por Miller 1995: 207). En breve, *Las palabras y las cosas* fue un trabajo que despertó muchas discusiones; unas a favor de Foucault, otras en contra. Lo cierto es que fue una obra que no pasó desapercibida y que, por el contrario, levantó revuelos en aulas y en cafés, incluso en las páginas de *Le Nouvel Observateur* llegó a ser dicho libro, tema de exposición crítica.

Hemos citado íntegramente el primer párrafo del Prefacio, ahora abusaremos citando –otra vez en extenso– el penúltimo párrafo de “Las ciencias humanas”, capítulo con el que Foucault clausura *Las palabras y las cosas*, en él advierte lo siguiente:

En todo caso, una cosa es cierta: que el hombre no es el problema más antiguo ni el más constante que se haya planteado el saber humano. Al tomar una cronología relativamente breve y un corte geográfico restringido –la cultura europea a partir del siglo XVI– puede estarse seguro de que el hombre es una invención reciente. El saber no ha rondado durante largo tiempo y oscuramente en torno a él y a sus secretos. De hecho, entre todas las mutaciones que han afectado al saber de las cosas y de su orden, el saber de las identidades, las diferencias, los caracteres, los equivalentes, las palabras –en breve, en medio de todos los episodios de esta profunda historia de lo Mismo– una sola, la que se inició hace un siglo y medio y que quizá está en vías de cerrarse, dejó de aparecer la figura del hombre [...] El hombre es una invención cuya fecha reciente muestra con toda facilidad la arqueología de nuestro pensamiento. Y quizá también su próximo fin (Foucault 1984: 375)

Los especialistas en Foucault, Hubert L. Dreyfus y Paul Rabinow, han visto en esta obra algo así como un despertar a la consciencia del ser y del estar en relación con otras formas de ser y de estar; una consciencia en la que el principal interés consiste en estudiar –para conocer y comprender– al

hombre, no ya en su “antropocentrismo” sino en su relación con las cosas, entre las cuales están los discursos de saber, las cosas del arte y de la literatura, las cosas de la ciencia y de la filosofía, en fin, las cosas fundamentales que han dado sentido a la existencia social del hombre. Sobre este “despertar”, dichos autores lo explican teniendo en cuenta, además de *Las palabras y las cosas*, *La arqueología del saber*. Al respecto, dicen: “Foucault parece despertarnos de nuestro “sueño antropológico” con el propósito de abrir nuestros ojos al estudio exitoso de los seres humanos. Se ha comprometido en una “empresa [aquí citan *La arqueología del saber*] por la que se trata de desatar las últimas sujeciones antropológicas, una empresa que quiere, en cambio, revelar de qué manera esas constricciones llegaron a ser tales” (L. Dreyfus y Paul Rabinow 2001: 71).

Efectivamente, Foucault condujo “su empresa” en el sentido de hacernos ver poderosamente (con el pensamiento), y con muy pocas dudas de su parte, las formas generadas mediante saberes ordenados (instituidos) dentro de marcos socialmente históricos. Foucault llamó *epistemes* a estas formas sistemáticamente ordenadas de saber en que las sociedades pudieron y han podido distinguirse, no sólo en el tiempo sino también en el espacio, de otras sociedades. Con otras palabras, cuando él mismo señala, en el Prefacio arriba citado, de “la risa que sacude todo lo familiar al pensamiento” (en particular el pensamiento europeo en que se pensaba a sí mismo Foucault), con esto ya estaba anticipando la forma en que procedería para dar a conocer los órdenes de saber establecidos por el pensamiento occidental. Significa, entonces, tal vez, que lo *Mismo* y lo *Otro* en que pensaba Foucault (*trastornando todas las superficies ordenadas y todos los planos que ajustan la abundancia de seres, provocando una larga vacilación e inquietud en nuestra práctica milenaria de lo Mismo y lo Otro*) iba en el sentido de apuntar y de subrayar la diferencia con que pueden ser comprendidas las distintas realidades en las que, también, existe el *Otro* (“cierta enciclopedia china”), y por quien es posible comprenderse a sí mismo en lo *Mismo* (el texto extrañamente clasificatorio de Borges), ya sea por contraste (Occidente / Oriente) o por un corte discontinuo de tiempo y espacio (el texto del Otro asimilado apologeticamente por Borges).

Pero lo que acaba diciendo Foucault en “La ciencias humanas”: *El hombre es una invención cuya fecha reciente muestra con toda facilidad la arqueología de nuestro pensamiento. Y quizá también su próximo fin*, no apunta solamente a subrayar la diferencia sino -y no sin ambigüedades- a la desaparición de “la arqueología de nuestro pensamiento”, esto es, a la forma sistemática de conocer y de comprender que el hombre moderno ha hecho de sí mismo y del Otro. De acuerdo con esto, podríamos decir que Foucault ya estaba “intuyendo”, tal vez, lo que seguiría aconteciendo –en un futuro no muy lejano- en torno al hombre, el ya conocido “Transhumanismo planetario”².

2

Es verdad que a Foucault muy poco o nada le preocupó pensar en el futuro. Su interés estuvo casi siempre en la reconstrucción analítica y crítica sobre documentos del pasado, principalmente el pasado francés. Y en cuanto al presente, lo vivió al límite con todos los vaivenes propios de un intelectual fascinado por la velocidad y por el poder que da la fama³, sin que esto signifique que era “un hombre –dócil y maleable- de su tiempo”. De acuerdo con esto último, no hay que pensar que a Foucault le fue indiferente lo que escribían sus coterráneos -caso ejemplar fue su gran interés en la obra de Gilles Deleuze, con quien mantuvo una muy cercana correspondencia (*Theatrum Philosophicum* –Foucault-; *Repetición y diferencia*, Gilles Deleuze (1972), dos ensayos en los que ambos muestran su aprecio por el trabajo intelectual de uno hacia el otro); así mismo, nadie niega su enorme aprecio que tuvo para con la obra y la personalidad de Maurice Blanchot, incluso éste, sabiendo del gran aprecio que Michel Foucault le tenía, escribió un libro intitulado: *Michel Foucault tal como yo lo imagino*–; tampoco fue sordo Foucault a lo que se escuchaba musicalmente en la llamada música culta, ni indiferente a las fuerzas políticas que estaban sacudiendo la calma parisina⁴, y ni mucho menos le fue indiferente los distintos movimientos políticos y sociales que se expresaban dentro y afuera de Europa; digamos que vivió apasionadamente con el cuerpo su presente –esto lo deja saber James Miller respecto de las distintas estancias que Foucault hizo en San Francisco, California, así como en Nueva York–; en tanto que con el pensamiento, su gran pasión fueron los documentos del pasado.

La “calma” la encontraba –si es que se puede hablar así de Foucault– en la revisión de documentos europeos anteriores al siglo XX, en los que trató siempre de reconocer los mecanismos de control por los que se erigía la historia, por la cual los historiadores habían actuado en detrimento –al no hacer saber– de las complejas realidades en que habían vivido las sociedades. Es por esto que para Foucault: “El documento no es el instrumento afortunado de una historia que fuese en sí misma y con pleno derecho *memoria*; la historia es cierta manera, para una sociedad, de dar estatuto y elaboración a una masa de documentos de la que no se separa” (Foucault 1983: 10). Fue entonces, para él, tarea primordial arrebatarle a la historia esa voluntad suya de convertir en monumentos a los documentos, y por esto mismo, Foucault logró hacer saber –mediante su obra– de toda la dinámica de las significaciones que hay en las diversas clases de documentos y que la historia había estado sacrificando para convertirlos en nada más que *memoria*, esto es, en un modo arreglado, manipulado, para presentar los acontecimientos.

Por lo tanto, para Foucault, fue necesario hacer la suma conjuntiva y diferenciada de los documentos, a través de los cuales se podía conseguir un mapa complejo de subjetividades por el que pudiéramos percatarnos de los controles taxonómicos a los que se tenía sujeto al hombre, tanto en lo individual como en lo grupal. Para Foucault, las taxonomías con que se sujetaba al hombre –en ciertos modos de contar la historia– estaban más en el sentido de la valoración que en el de la explicación y el análisis. De aquí que, en contraposición a los modos de proceder de los historiadores, Foucault nos advierta de las distintas debilidades –y que son al mismo tiempo su fortaleza, su voluntad de estatuir una *memoria*– que aparecen en las formas del discurso de la historia:

Al discurso que analiza, la historia de las ideas le concede de ordinario un crédito de coherencia. ¿Comprueba, acaso, una irregularidad en el empleo de las palabras, varias proposiciones incompatibles, un juego de significaciones que no se ajustan unas a otras, o unos conceptos que no pueden sistematizarse juntos? Entonces, procura encontrar, a un nivel más o menos profundo, un principio de cohesión que

organiza el discurso y le restituye una unidad oculta. Esta ley de coherencia es una regla heurística, una obligación de procedimiento, casi una compulsión moral de la investigación” (Foucault 1983: 250)

Es ésta una visión crítica, aleccionadora, una de las tantas otras visiones que Foucault entregó para quienes trabajan con el lenguaje y en las que no pocos analistas del discursos han encontrado la nota clave para comprender, o al menos, para intentar comprender que nada de lo que se dice en los discursos oficiales (de la historia o de cualesquiera otros discursos instituidos del saber) está exento de sospechas. Es por esto mismo que Foucault hizo ver cómo había un entramado de poder que sujetaba y que lograba mantener, mediante complejos sistemas de significación, la imagen acerca de las virtudes o los vicios del hombre (*Historia de los hombres infames*), así como de la concepción y la valoración de lo que debía ser entendido como sistemas de salud y de enfermedad mental (*Historia de la locura; El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*), además, entre otros entramados de poder, también se ocupó de los sistemas jurídicos con los que se organizaban los espacios para vigilar y castigar, en fin, que Foucault se obsesionó por la lectura atenta y minuciosa para analizar los textos en los que se podía comprender a sí mismo y al otro. Dentro de todos los textos con los que trabajó y por los que produjo distintas obras, tan distintos por el origen de sus disciplinas, hay que incluir, además de los históricos y filosóficos, de los políticos y jurídicos, de la ciencia médica, y muy de pasada y con muy poco aprecio y sí con mucha desconfianza, del psicoanálisis, sobre todo el lacaniano, etcétera, a Foucault le importaron, además, los textos literarios y los pictóricos. Fue tanta su curiosidad intelectual, que ésta lo condujo por el amplio y complejo, diverso y abundante espacio de las significaciones, en las cuales Foucault apasionadamente fue investigando todo lo relativo a las disciplinas y las tecnologías con que se había venido conformando la subjetividad en el hombre, esto es, que se interesó en las formas de conocer, buscando, probablemente, como centro de atracción, los distintos modos y las distintas intensidades con que era ejercido el poder.

En un pulcro y sencillo texto, leemos a Maurice Blanchot, que dice:

Habría que preguntarse por qué la palabra "locura", incluso en Foucault, ha conservado un potencial de enigma tan considerable. Al menos en dos ocasiones Foucault se reprochará el haberse dejado seducir por la idea de que hay una profundidad de la locura, de que ésta constituiría una experiencia fundamental que se sitúa afuera de la historia y de la que los poetas (los artistas) han sido y pueden ser todavía los testigos, las víctimas o los héroes. Si esto fue un error, le ha sido beneficioso, en la medida en que, gracias a él (y a Nietzsche), tomó consciencia de su poca afición a la noción de profundidad, del mismo modo que perseguirá, en los discursos, los sentidos ocultos, los secretos fascinantes, es decir los dobles y triples fondos del sentido, de los que es cierto que no se puede llegar hasta el final más que descalificando el sentido mismo, así como, en las palabras, el significado, e incluso el significante (Blanchot 1993: 14).

Por nuestra parte, podríamos considerar que, en un primer momento, Foucault vio en la locura la única fuerza capaz de poner en entredicho los complejos sistemas de control social; pero también, encontró en este estado de la mente la lucidez suficiente para desvelar las sombras en que actúa, no pocas veces, el sentido que los órdenes del saber social guardan, quizás, de manera inconsciente (inconsciente colectivo). Pero como lo refiere Blanchot, aunque Foucault se reprochó a sí mismo en más de una ocasión el haberse dejado seducir por la idea de que hay una profundidad de la locura, también creemos que Foucault pudo observar, en la locura, los fundamentos para situar el afuera –que no el fondo ni la profundidad–, en tanto espacio adonde son remitidos los excluidos, los inadaptados de la sociedad; espacio donde están o pueden estar, además de los locos, los artistas, sobre todo los poetas, que son quienes llegan a cuestionar o a poner en crisis las formas significantes de los signos lingüísticos, que es como decir que ponen en crisis los órdenes superficiales en que la institución de la lengua se exhibe. En síntesis, pensamos que la locura fue la

clave que le permitió a Foucault saber, que sin ella, el poder no tendría jamás el único, el verdadero y peligroso enemigo capaz de confrontarlo (al poder) y de hacerlo ver en su dimensión social: de que el poder nada significa y nada puede hacer cuando nadie hay que lo otorgue y lo acepte como autoridad de sentido ni de fuerza.

Sumado a lo anterior, podríamos afirmar que Foucault, en no pocas ocasiones, estuvo pensando y escribiendo a orillas del vacío, esto es, en los límites del arte de la ficción. Un texto en esta tesitura es aquel que llamó *El pensamiento del afuera*, un ensayo publicado inmediatamente después de *Las palabras y las cosas*, donde se expresó una voluntad de saber, con leves contenciones propias del lenguaje mismo, por los ritmos estéticos del pensamiento, que no son otros que los que dan el fraseo lúcido y fino, pensamiento expuesto en todas o en tantas direcciones; elíptico. Es en este trabajo donde Foucault inquiere y experimenta, teniendo como precedente los trabajos de Maurice Blanchot, el lenguaje hasta sus límites; experiencia por la cual hace posible entrar –al lector y al escritor mismo– en la dimensión de lo extraño, de lo misterioso, en fin, donde lo que se quiere es mostrar el afuera del pensamiento, teniendo como fundamento, la exclusión del sujeto-autor, o sea, donde el “no sujeto” sea la posibilidad misma de que exista el pensamiento del afuera. Según apunta Miller de este ensayo (para nosotros filosofo-poético), “el pensamiento del afuera” es una especie de trance o de éxtasis y ha “nacido en esa tradición del pensamiento místico (Miller 1995: 208).

¿Foucault experimentó la locura? Decir que tenemos una respuesta contundente para tal cuestión, sería muy atrevido de nuestra parte. Sin embargo, no descartamos que Foucault desde muy joven se sintió obsesionado por la locura; de otro modo no se podría explicar su intenso interés que le despertó Antonin Artaud, al grado que es en este personaje que Foucault pensaba cuando estuvo trabajando sobre uno de los textos de su tesis doctoral (cfr. Miller 1995: 129-131), y finalmente, su obsesión por la locura fue tal, que así fue como escribió “su primer gran obra”: *Historia de la locura en la Época Clásica*. Por otra parte, en relación con esos “momentos de locura”,

James Miller nos cuenta que el joven Foucault: “Desde la perspectiva de Heidegger, al cabo, incluso un momento de locura autolacerante podía considerarse un fructífero encuentro con lo “no pensado”” (Miller 1995: 74).

Fue este buscar lo “no pensado” una idea que sedujo a Foucault, en tanto vía para alcanzar el más allá de lo pensable. De esta manera podemos también situar la otra forma de encontrar los vacíos que ha dejado la desaparición del sujeto filosofante, y que tiene como antecedente a F. Nietzsche. Dicha forma de desaparición y de vacío bien podría ser, efectivamente, concebida en los vericuetos que esconde el laberinto.

El laberinto es el emblema central de la gran búsqueda nietzscheana de Foucault en esos años. En su libro sobre Roussel y en su ensayo de 1962, “Un conocimiento tan cruel”, elabora su propio y personal mito de muerte y renacimiento

[...]

Foucault no sólo ve en el laberinto el testimonio del genio de su diseñador, sino también el símbolo inquietante de una especie profundamente misteriosa de trascendencia que estaría indicando “la simultánea presencia y ausencia de Dédalo en la incomprensible y muerta soberanía de su conocimiento”” (Miller 1995: 195-196)

Si consideramos la última obra en la que estaba trabajando Foucault antes de su muerte, *La historia de la sexualidad*, el “laberinto” más interesante estaba en lo que se experimentaba en el cuerpo y con el cuerpo. Así, por ejemplo, “su laberinto” comienza a recorrerlo mediante el análisis de los usos de la represión provenientes de la Época Victoriana, y prosigue con la “Scientia Sexualis” hasta concluir, en el primero de los tres volúmenes de dicha historia, en observaciones y contraposiciones: “Derecho de muerte y poder sobre la vida”. En el segundo volumen Foucault estudia cómo se ha dado el placer en distintas modalidades y bajo distintas condiciones. Se sabe que dicha obra quedó inconclusa, que Foucault pretendía consolidar otra clase de epistemes,

menos dadas a controlar cuerpos sociales y sí más poderosas para fundamentar individualidades; pero también es cierto que en el tercer volumen Foucault da señales de hacia dónde dirigía su cuerpo y su pensamiento. Estaba obsesionado por desvelar y tocar las profundas raíces de la cultura griega. Era con este trayecto laberíntico, a semejanza de lo ocurrido en F. Nietzsche con su *Genealogía de la moral* o en su *Ecce Homo*, que Foucault le dio completamente la espalda a la modernidad, así como al espacio social que lo circundaba.

4

Michel Foucault murió el 25 de junio de 1984, a los cincuenta y siete años. Ya no supo cómo fue recibido el tercer volumen de *La historia de la sexualidad* ni qué efectos acabó teniendo este último trabajo suyo en el pensamiento de los académicos y de los intelectuales europeos.

En nuestro título hemos planteado una pregunta: ¿Foucault ha muerto? Es sin duda una pregunta retórica, simbólica, deconstructiva con relación a muchas otras aseveraciones en las que se busca marcar un límite, un final, un corte, o bien, se quiere proclamar la muerte o desaparición de una disciplina, de un -ismo, de un modo de hacer o de pensar “las cosas”. Es cierto que la obra de Foucault está allí para seguir siendo leída y apreciada, estudiada y asimilada, incluso utilizada en muchos otros y diversos trabajos textuales.

Físicamente, Michel Foucault está muerto; simbólicamente, no lo creemos. En él seguirá estando presente la representación de una personalidad singular del intelectual congruente y consecuente, temerario y audaz, disciplinado y obsesionado por los saberes: los teóricos y los de la carne.

Considero que en las obras de Foucault está perfectamente dibujada la marca de un límite, esto es, está en ellas la composición de un complejo trabajo por el que dio a comprender los cortes, las interrupciones, las asimetrías, las contradicciones, en fin, los vacíos en que pudieron ser

configurados los saberes en determinadas épocas y según el acervo de documentos relativos a instituciones específicas. Pero ahora, me parece, ya no son saberes que siguen las mismas formas de configuración ni de sujeción a poderes definidos según los momentos en que nos encontramos actualmente. Hoy por hoy ya no hay sólo y nada más que las mismas formas de presentación de documentos, o sea, ya no hay sólo y nada más que los mismos soportes en que es conseguida materialmente la información, el conocimiento y muchas otras vías de acceso al saber. De hecho, ya los conceptos que en otro tiempo fueron fundamentales para la comprensión del mundo (saber, conocimiento, espacio, sociedad, lengua, lenguaje, escritura, texto, etcétera etcétera) poco a poco han venido debilitándose y transformándose o dando vida a otros conceptos (información, codificación, hipertexto, multiversos significativos, aprendizajes virtuales, prácticas simuladas, etcétera).

Ahora sabemos y podemos afirmar, con base en los tiempos que nos ha tocado vivir, que

Cuando Michel Foucault murió, el muro de Berlín no había sido tirado

Cuando Michel Foucault murió, no había acontecido la fuerte manifestación –y la masacre– en la Plaza de Tiananmen

Cuando Michel Foucault murió, Mijail Gorgachov no había iniciado la época de la perestroika y la glásnot en la decadente Unión Soviética

Cuando Michel Foucault murió, Boris Yeltsin no había disuelto ni había dado estatus de ilegal al Partido Comunista en Rusia

Cuando Michel Foucault murió, no había terminado la Guerra Fría en el mundo

Cuando Michel Foucault murió, George Bush padre no había declarado la guerra a Sadam Husein ni había acontecido “La guerra del golfo”; “La madre de todas las batallas”, según Husein

Cuando Michel Foucault murió, no se había levantado en armas el EZLN en el estado de Chiapas ni había nacido para la historia el Subcomandante Marcos

Cuando Michel Foucault murió, no había comenzado la época World Wide Web

Cuando Michel Foucault murió, el campo virtual no se había convertido en el otro espacio donde se darían otra clase de batallas y de conquistas

Cuando Michel Foucault murió, no habían sido tiradas las torres gemelas de Nueva York ni Georg Bush hijo había declarado la guerra a los talibanes

Cuando Michel Foucault murió, Osama Bin Laden todavía no era el principal enemigo de los Estados Unidos de Norteamérica

Cuando Michel Foucault murió, no había caído en un tiroteo Pablo Escobar, el gran jefe de jefes del narcotráfico colombiano

Cuando Michel Foucault murió, no habían asomado los nuevos rostros de la rebelión internacional en el campo de la información en internet: Julian Assange, Daniel Domscheit-Berg, Edward Snowden...

Cuando Michel Foucault murió, la tecnología cibernética no había trastornado todas las superficies ordenadas y los fondos de la significación, no habían puesto al hombre en una red por la que el tiempo y el espacio comenzarían a ser experimentados de otro modo ni, en suma, había sido posible dar pie al carnaval de las identificaciones dentro de lo que se llaman las redes sociales

Cuando Michel Foucault murió, como nunca antes, los océanos de la información habían estado tan a la mano del hombre y en una abundante diversidad de lenguas

Cuando Michel Foucault murió, en Estados Unidos no había sido elegido ningún presidente afroamericano

En fin, tras la muerte de Michel Foucault, han pasado treinta años, que es decir que ha pasado una insoportable cantidad de hechos; insoportable para una sola memoria histórica, mas no para el *software* de la memoria globalizada. Hoy la realidad por la que se hace presente el poder es mucho menos clara en la definición de los articulados por los que se mueve la sociedad y sus discursos. Hoy el mundo es otro al que habitó y en el que murió Michel Foucault. Hoy no es fácil ni sencillo determinar las arqueologías del saber. Hoy hay más saberes, tantos cuantas especializaciones han venido instituyéndose. Hoy ni el arte ni la ciencia están –real y verdaderamente- en manos de los artistas y los científicos, porque hoy la realidad del arte y de la ciencia están más en función de servir, antes bien, a las dinámicas del mercado que a las dinámicas

del saber y del conocer. Hoy, a diferencia de lo que pudo imperar hace treinta años, lo que resulta de mayor interés está del lado del presente y del futuro, antes que del lado del pasado. Hoy todo lo que la sociedad produce, caduca a una velocidad de vértigo. Todo tiene fecha de caducidad. Ahora, más que poseer un cierto saber completo sobre la realidad de las cosas, experimentamos la velocidad en que aparecen y desaparecen los hechos. Hoy sabemos que todo es irreversible, que todo ha entrado a una época cuya comprensión de los hechos ha dejado de ser únicamente la de la lógica binaria (Verdadero / Falso); hemos entrado a la época de las lógicas confusas, iterativas, caóticas, fractales, “ciberianas”. Hoy ya ni siquiera es seguro saber con toda certeza qué es lo natural, qué es lo real, qué significa conocer, qué significa pensar, en conclusión, que ya no sabemos –me parece- con toda claridad cómo funciona la sociedad. Hoy la globalización ha venido colocando, en el lugar donde yacen las cosas caducas, el valor conceptual de soberanías, de estados, de nacionalidades, de fronteras firmes y estáticas. Hoy toda tentativa de saber posee más la fuerza de la duda y la incertidumbre que la de la claridad y la de la verdad soberana. Hoy, Michel Foucault es parte de una historia, de un pasado con aspecto imperfectivo que no llega –pese a toda la complejidad con que conformó su modo de saber- a afectar con la suficiente fuerza este presente y este pasado nuestros; época actual la nuestra, la de la globalización y la de la desintegración por la vía del hedonismo, en la que no hay nada en lo inmediato que nos calme tanta incertidumbre, tanto dolor y tanta desesperanza, ni haya nada que nos garantice con toda certeza cuál es el lugar que habitamos con todo el cuerpo de la mente y la memoria. Hoy nuestra risa nada tiene que ver ante el encanto exótico de otro pensamiento, de otro modo de ordenar las cosas en la superficie, de otro golpe intempestivo para “nuestro familiar pensamiento”. Hoy ni siquiera podríamos estar tan seguro de qué es realmente lo que nos produce risa.

¹ “La recepción de *Las palabras y las cosas* dejó contento e insatisfecho a un tiempo a Foucault. Le agradaba haber alcanzado el mismo nivel de Sartre, y lo entusiasmaba ser el centro del debate académico e intelectual. Toda su vida, incluso después de haber alcanzado la fama, deseó ansiosamente que los historiadores y filósofos lo respetaran y consideraran seriamente. Nunca fue más feliz que en esos días” (Miller 1995: 213)

² Al respecto, citamos a Sergio González Rodríguez, que nos explica en qué consiste esto: *La era del transhumanismo planetario se caracteriza por la incorporación de los seres humanos como una parte del gran sistema tecnológico-militar*

que permitirá ir más allá de los límites convencionales, desde la biología hasta lo social [...] El proyecto transhumanista está vinculado a la aspiración ya no de bienestar colectivo sino de supremacía de quienes lo encabezan, poseen y administran (Sergio González Rodríguez 2014: 107)

³ Se sabe que tenía un Jaguar, el cual usó en distintos momentos para desplazarse hasta Suecia, y siempre que emprendía ese viaje, buscaba echar abajo el récord de tiempo de sus anteriores viajes (James Miller 1995), en tanto que la fama y el poder que experimentaba Foucault, bien se puede localizar en los distintos cursos que dió en el College de France (1971 – 1984), y que llamó “Historia de los sistemas de pensamiento”.

⁴ De hecho, se ha sabido que Foucault, en relación con los acontecimientos del 68 en París, en una entrevista llegó a dejar ver su hostilidad para con toda forma de “humanismo” (ver Miller 1995: 232-233)